

En San German se deja ver desde luego el abandono y se comprende que aquel castillo no es ya la residencia favorita de las monarcas de Francia.

La asota construida por De Noire, y que comprende una extension de 12,100 metros de longitud, presenta un magnifico panorama que nos agrada y sorprende. Despues de recorrer estos lugares, nos internamos en la selva notable por su extension y el espesor de sus arboles: es

CAPITULO XXXVII.

Ultimas pinceladas sobre Paris.—El grande Hotel de Louvre, sus apartamentos y cuartos, comodidad que se disfruta en él, su espacioso comedor, sus salones de lectura, su extension y sus diferentes pisos.—Los almacenes de comercio, su extension, sus ricos y lujosos aparadores, y diversidad de objetos que contienen.—Como se hacen las compras en ellos, orden y comodidad con que en estos se procede, y atención y galanteria de los dependientes.—Talleres y tiendas de modistas.—Amabilidad del carácter frances, papel que las mugeres hacen en el comercio, sus tiendas al menudeo.—El último dia de Paris y nuestra partida.

Antes de partir de la bella Capital de Francia, justo es que demos á conocer sus hoteles y sus almacenes; que os hablemos algo de sus costumbres, y del carácter de sus habitantes. Comenzaremos, como es natural, por el Hotel que nosotras habitabamos, que es uno de los primeros de Paris, y el que mejor podremos describir.

El grande Hotel de Louvre, que como saben ya nuestros lectores, fué en el que nos alojamos, es

verdaderamente magnífico, y muchos creen justamente que es el mejor de Paris, al ménos por su extension. Fué construido en 1855 por una compañía de accionistas. Los cuartos de que se compone pasan de 600, y cada una de las piezas tiene otro pequeño cuartito de *toilette*, que por supuesto no entra en el número de los indicados. Todos están bien amueblados, con cómodos asientos, buena cama amplia con pabellon, cortinas, espejos, relojes, mesas, tocador, aguamaniles, etc., etc. Tambien se divide en algunos apartamentos que fué lo que nosotras tomamos.

Estos apartamentos se componen de tres ó cuatro recámaras, segun se necesite, y un salon para recibir perfectamente amueblado. Regularmente se baja á comer al Restaurant del Hotel, pero los que quieren hacerlo en su apartamento no tienen mas que aumentar la paga, y la comida le es á uno servida en su propio cuarto. Para mayor libertad y comodidad, y no estar sujetos á determinadas horas, se dispuso que nos sirviesen la comida en nuestro apartamento, lo que nos fué muy agradable. La cocina francesa tiene un sazon y un gusto admirable; el olor de los platos tan bien condimentados basta por si solo para abrir el apetito. Durante nuestra permanencia en Paris fuimos perfectamente asisti-

das en este punto, y como hacíamos un ejercicio tan continuo, nuestro apetito era excelente, y comíamos bien, excitadas por los platos exquisitos de la cocina francesa.

El comedor del Hotel es un espacioso y gran salón, con buenos candiles que se iluminan lo mismo que todos los cuartos y corredores por medio de gas. Puede contener cosa de 1200 personas.

Los salones de lectura, sirven igualmente a todos los pasajeros que no han tomado apartamento para recibir a sus visitas. Son grandes y amueblados con lujo, tanto que ellos se ocupan bien a menudo para los bailes de los matrimonios, por que generalmente las salas de las casas de París son pequeñas.

Contienen buenos espejos de tamaño colosal, muebles muy cómodos y variados, y multitud de mesas, en las cuales se encuentran periódicos de todas las partes del mundo, y por supuesto en casi todos los idiomas; hay tambien algunos volúmenes sueltos de novelas y obras serias, para que se entretenga el viajero en sus horas de descanso. Nosotras bajamos dos ó tres veces, para leer los diarios de nuestra amada patria; pero como éramos aun tan pequeñas, se reían sobre todo los ingleses al ver la formalidad con que tomábamos

en nuestras manos estos periódicos, y el interes vivo con que los registrábamos.

Los corredores del Hotel todos alfombrados, lo mismo que las recámaras del piso principal, son anchos aunque oscuros, su largo es el de las calles, porque este edificio ocupa al ménos, unos 100 metros en cuadro, si no es que algo más; de consiguiente cada uno de estos corredores, que son los que dan entrada á las piezas, tienen el nombre de la calle á que corresponden cada uno de ellos; hay multitud de escaleras que hasta cierto punto les quitan algo de lo ancho, unas rectas, otras de caracol que sirven para conducir y subir y bajar á los diversos pisos del Hotel, tan digno de ocupar uno de los primeros edificios de París. Teníamos especial gusto en examinarlo todo atentamente, porque deseábamos que se nos quedase una idea completa, para poder hacer de él una descripción sino completa, al ménos algun tanto adecuada.

El exterior es de piedra muy bien labrada. Su arquitectura llama la atención. Se encuentra situado entre el palacio de su nombre y el palacio real. Los pasajeros son perfectamente asistidos, y todo el tiempo que permanecemos en él estuvimos muy contentas.

Además de éste, hay otros muchos buenos Ho-

teles en Paris, los hay tambien de segunda Orden que no mencionaremos, porque son muchos y estos ofrecen á la gente mediana bastante comodidad en todos conceptos. Nos contraeremos á hablar solamente del grande Hotel que era el mas reciente cuando hicimos nuestro viaje, y el que mas llamaba la atencion.

Se halla situado en el Boulevard de los Italianos y es bastante grande. Su arquitectura es magnífica y ofrece un precioso punto de vista. Se compone de seis pisos, y una hermosa escalera de mármol blanco le sirve de entrada.

No nos contentamos con verlo en el exterior, sino que entramos á él y lo recorrimos todo. Se halla lujosamente amueblado, y tiene tambien ricos apartamentos.

En el tiempo en que estuvimos se acababa de estrenar, de manera que estaba en gran moda, y era inmenso el número de extranjeros que en él se habian hospedado, tanto que no duraba doce horas un cuarto desocupado.

En los otros Hoteles nótese tambien hermosa arquitectura, y en sus fachadas se ostentan bellas estátuas, columnatas, etc; pero ninguno puede compararse en hermosura á los que hemos mencionado.

De los hoteles pasemos á visitar los grandes al-

macenes de que se encuentra llena esta simpática ciudad. Son ellos en tanto número, tan hermosos y suntuosos, que no pueden dejar de llamar de un modo particular la atencion del viajero.

Entre los de ropa, cuéntanse en primer lugar, la Leonesa, el gran almacen de Louvre, los cuatro Arrabales, y otros. No intentaremos hacer una pintura de ellos, porque esto no es posible; es tanta su grandeza, la animacion y el atractivo que presentan, que no puede la pluma describirlos en su verdadero colorido, y preciso es verlos para formarse una idea de lo que son los almacenes en Paris. Cada uno de ellos ocupa un edificio aparte, compuesto de seis á ocho pisos.

La apariencia exterior atrae y nos hace desde luego fijar con particular cuidado la vista, que se encanta en todo cuanto se presenta ante los ojos. La construccion es sencilla, pero vése acompañada de ricos y lujosos aparadores, donde la gracia francesa ha sabido reunir con admirable gusto y armonía, el mas precioso conjunto de los mas diversos objetos para llamar la atencion y exxitar el deseo de comprarlos.

Este es sin duda el objeto con que se esmeran tanto en el adorno de los almacenes y aparadores,

porque una vez que se ha entrado á uno de ellos difícilmente salimos sin comprar algo.

El interior asombra por su extension y el orden admirable que en él reina. Cada género tiene su departamento, y todo se halla allí colocado con tal arte, con tal gracia, que se encuentra un positivo placer en verlo. Mas de cien dependientes se ven distribuidos en los diversos departamentos, y todos tienen tal galantería, tal arte para tratar á las personas, que es imposible no comprarles algo. Casi siempre entrábamos con la intencion de comprar una sola cosa, y salíamos despues de haber comprado otras muchas.

Figúrese el lector, que le enseñan el género para un traje; comienzan con la gracia francesa á hacer de él mil ponderaciones; ya lo recogen en su mano, ya le ponen un liston para que se vea el efecto del adorno; lo colocan de diversos modos, y por último, es conducido á un cuarto oscuro, encienden el gas, y nos lo hacen ver á la luz artificial, para juzgar aun así de sus matices y belleza; es tanto lo que hacen, que el género mas feo parece bonito, y muchas veces por mortificación compramos lo que no pensábamos. Cuando se ha concluido, el dependiente con su apunte en la mano y el bulto de la mercancia conduce al comprador al lugar en que puede hallar

se lo que aun desea, y entregando todo á uno de los dependientes de ese apartamento, lo deja con él y se retira; esto se va repitiendo en todos los departamentos, hasta que concluidas las compras, el último dependiente cargado con todo, lo lleva á la caja; allí apuntan en el libro la partida comprada, el nombre y domicilio, y sin pagar nada sale del almacén dejando en él si son señoras, los efectos; media hora despues, se presenta un criado en la casa con las compras que se han hecho, y el recibo de la casa de comercio.

Como verá el lector todo se practica con el mayor orden y comodidad; así es que da gusto entrar á los almacenes de Paris, sin que esto cause la menor molestia.

En los talleres de modistas, sombrererías, etc., es inmensa la animacion que reina, y el orden que en todo se vé; hay dos ó tres jóvenes en extremo bonitas y graciosas, destinadas tan solo á probarse lo que se desea comprar, para que se vea el efecto; y como todo les va tan bien, nos entusiasamos y nos decidimos á comprarlo. El carácter francés es el mas apropiado para el comercio, porque ellos ponen su mayor esmero en agradar, y de esta manera hacen siempre buen negocio. En el interior de los almacenes se nota mucho lujo y un cuidadoso esmero; gran parte

del comercio en Paris está á cargo de las mujeres, siempre vestidas con tanta gracia y con tanta limpieza, que da gusto verlas.

Los cafés de Paris son tambien muy elegantes y se hallan adornados con exquisito lujo, siendo su servicio en extremo esmerado: ocupan varios salones amueblados con esmero; grandes espejos, mesas de mármol, exquisito gusto brilla en ellos: vese en todas partes la mayor limpieza, cuarenta ó cincuenta criados todos con sus delantales blancos y en extremo aseados están destinados al servicio; allí se encuentran periódicos en todos los idiomas, y todo lo que pueda contribuir á la distraccion y comodidad de los concurrentes: durante la noche la iluminación es profusa y presenta un aspecto agradable; fuera de la puerta, y colocadas en las banquetas de los boulevards se ven multitud de mesitas de blanco mármol rodeadas de ligeras sillas, en las que al par que se toman con comodidad ricos helados, etc., se goza de la animacion de la calle y del fresco de la noche: la concurrencia en estos cafés es numerosa á todas horas, y en ellos se goza del mayor confort.

En muchas calles y parajes, y en los portales se ven tambien tiendas al menudeo destinadas á

objetos diversos y mercancías, como sombrerías, paraguierías, ropa hecha guanterías, etc., etc. En los portales del Palacio Real se hallan con profuions las joyerías, que tambien se ven de exquisito gusto y valor en la calle de la Paz y otras. Nunca concluiríamos si quisiéramos describir por completo esta hermosa ciudad en que tanto y de tan diverso género hay que admirar, y que tan gratamente nos impresionó; pero no nos sentimos con fuerzas para hacerlo, y seria preciso ocupar muchas páginas, y nos haríamos interminables cansando tal vez la atencion de nuestros lectores. Estamos además en la última semana de nuestra permanencia en Paris, y preciso es abandonar la hermosa capital.

El último dia fué agitado para nosotras, pues aunque teníamos intencion de volver á verla, y dedicarle algun tiempo más, cuando hubiéremos de regresar de Rusia, sentíamos sin embargo una tristeza inmensa al abandonarla, porque en vez de haber tenido una desilusion, despues de las muchísimas ponderaciones que ántes se nos habian hecho de ella, no hicimos mas que afirmar nuestras simpatías por la capital que tienen los franceses, y nos propusimos recorrer por la última vez siquiera fuera muy ligeramente sus mejores calles, sus mas lindos templos y sus mas suntuo-

sos edificios. Efectivamente, muy temprano nos dirigimos á los templos que más nos gustaban; fuimos á la Magdalena, á San Germain d'Auxerois, á Santa Cleotilde, á Notre-Dame, permanecimos en ellos largo rato orando, y pidiendo al Omnipotente nos siguiera dispensando su protección, para concluir nuestro viaje con felicidad. Después nos dirigimos á los campos Eliseos, á la plaza de la Concordia, y volvimos por la calle de Rivoli hasta el Palacio Real y las Tullerías. En seguida fuimos al boulevard de los italianos, al de la Magdalena y á otros varios; también pasamos en algunos de nuestros pasajes favoritos y compramos en varios lugares por recuerdo pequeños objetos; la mañana la empleamos muy bien, aunque al regresar nos sentimos muy fatigadas; esto sin embargo no destruía la intención que teníamos de aprovechar del mismo modo la tarde, aunque parte de nuestra escursión tuviéramos que hacerla en coche.

Ese día almorzamos con mas apetito que nunca, y en seguida después de haber bajado á reposar un breve rato en el salón principal de lectura, recorrimos de nuevo el hotel del Louvre.

Después tomó papa dos carruajes, y nos dirigimos en ellos á recorrer todo lo que en la maña-

na no habíamos podido ver y entraba en nuestro plan de despedida; pero como eran ya las cuatro de la tarde, y el tren salía de París á las cinco, tuvimos que regresarnos prontamente al Hotel, dispuestas ya para marchar.

Nos despedimos de los buenos sirvientes, que nos habian tomado en el poco tiempo de nuestra permanencia un gran cariño, les dió papa sus gratificaciones como es costumbre hacerlo en Europa, y subimos otra vez en los coches que nos condujeron á la estación, donde el camino de fierro debía arrancarnos de París.

Como en todas las estaciones de esta grandiosa capital, la animación era inmensa y se respiraba la alegría; pero nosotras no participábamos por cierto de ese general contento; nuestro corazón se hallaba oprimido, y mil veces las lágrimas nos venian á traicionar. En París teníamos muchas amistades, y gran parte de ellas nos habian prometido venir á dejarnos á la estación: al llegar extrañamos no encontrarlas, mas supimos con asombro que el tren no partía sino hasta las siete; eran las cinco ¿qué hacer? desperdiciar dos horas en París era imposible, así es que nos decidimos á visitar por la última vez la tumba de Napoleón; dejamos en la estación nuestro equipaje, y subien-

do en dos carruajes nos dirigimos á los Inválidos. Eran mas de las seis y media cuando volvimos de nuestra visita, y aquellos carruajes venian con una lentitud desesperante: en vano apresuráramos á los cocheros, éstos parecia que de intento caminaban mas despacio. Nuestra ansiedad era inmensa, temiamos ya no encontrar el tren, y el trayecto se nos hizo eterno; al fin con amenazas y promesas logramos que los cocheros se apresuraran, y llegamos á la estacion poco antes de que el tren partiera. Allí encontramos ya á nuestros amigos, y conversando estábamos con ellos cuando el tañido de la primera campana se hizo oír; entónces nos dirigimos al tren; cuando el segundo toque sonó nos despedimos de todos y penetramos en el wagon, esperando con tristeza que este partiese: en efecto, al tercer tañido de la campana comenzamos á caminar agitando nuestros pañuelos en correspondencia á los de nuestros amigos.

¡Pronto desapareció todo ante nosotras! ¡Paris, esa ciudad risueña, en que tan gratas horas habíamos pasado, todo, todo lo perdimos en un instante, despues que tan largo se nos habia hecho el llegar á él! ¡Oh! no es exageracion lo que decimos, la partida de Paris produjo en nosotras movimientos muy marcados de tristeza. En los pri-

meros momentos ni pensamos siquiera en la hermosa perspectiva que teníamos delante, ni en conocer las bellas ciudades del Norte, en las que tantas cosas deberian llamar nuestra atencion; en nada pensábamos, y por eso era nuestro pesar mas profundo; impresionadas y solo ocupadas del reciente abandono de la simpática capital de Francia, nos llenamos de inmensa tristeza. Paris es justamente ponderado en todo el mundo, y puede decirse que es la capital de Europa que presenta mas atractivo y promete mas goces al viajero. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no la haya visitado; es tambien el sueño dorado de los americanos, que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Cuantas veces sucede, que alguno de América toma directamente un vapor que deba conducirlo á alguno de los puertos de Francia, desembarca, llega á Paris ¡extasiase! apesar de las otras capitales y grandes naciones que están á su alcance, se da por satisfecho, regresa á su patria y ¿qué conoce? ¡tan solo Paris! nó, esto no es de aprobarse en manera alguna: pero dejemos esto aparte, y volvamos á nuestro viaje. Nos encontráramos tan disgustadas con haber dejado á Paris,

que no creyendo bastante para distraernos el contemplar la naturaleza en sus diversas faces, nos propusimos abrir otra vez el manuscrito de Genaro, sobre el cual tan pocas veces habíamos puesto nuestros ojos en Paris; así lo hicimos en efecto, y esto formará la materia del siguiente capítulo.

CAPILLA ALFONSO

Europa que presenta más atractivo y promete más goce al viajero. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no se haya visitado; es tan bien el sueño dorado de los americanos, que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Cuantas veces sucede, que alguno de América toma directamente un vapor que deba conducirle á alguno de los puertos de Francia, desembarca llega á Paris, y está en un instante tales y grandes naciones que están á su alcance; se da por satisfecho, regresa á su patria, y ¿quién conoce? tan solo Paris! no es de aprobarse en manera alguna: pero dejemos esto aparte, y volvamos á nuestro viaje. Nos encontramos tan tan disgustadas con haber dejado á Paris

En ese momento las muchachas que estaban en la sala, fueron entrando. Julia vestía un traje negro que era mucho lo que le agraciaba; estaba pálida, sus bellísimos ojos negros tenían unas ojeras muy pronunciadas, y se hallaban más que nunca llenas de una expresión inmensa de melancolía.

CAPITULO XXXVIII

Continuacion de la lectura del manuscrito de Genaro.

Recordarán nuestros lectores, que dejamos á Genaro en el momento en que, despues de haberse despedido de D. Mariano, y su simpática hija, se encaminaba presuroso á casa de sus antiguos amigos.

Pronto llegué, decía, y en efecto se notaba en todos los semblantes el ansia con que me estaban esperando.

—¡Oh Genaro! me dijo Alfredo, (extrechándome entre sus brazos), creíamos que querías dar un nuevo golpe á tus amigos.

—Nó, Alfredo, me apresuré á contestarle, tú me conoces bien, y sabes que cuando ofrezco una cosa la cumplo, y que aun cuando no hubiese he-